

un hombre comparable a David, Luminaria del Oeste.
Cuando nació vi que era bueno,
su corazón un lugar apto para la sabiduría, digno
repositorio para los bienes
que sus antepasados transmitieron a través de mí.
Sólo tenía un año —¡ay de mí!— cuando el Tiempo,
el enemigo que me persigue, me lo llevó.
El día que el rey de España expulsó a los judíos
ordenó que me pusieran bajo vigilancia
para que yo no me escapara por zonas montañosas,
y que a mi hijo, al que aún amamantaban, lo prendieran
y convirtieran a su fe, de parte del rey.
Un buen hombre me avisó a tiempo, un amigo;
lo mandé con su nodriza en la oscuridad,
a medianoche, —¡como contrabando!—
a Portugal, entonces gobernado por un rey malvado
que en una época casi me arruinó,
pues durante el reinado de su padre —¡rey digno de loor!—
mi padre había conseguido buena fortuna y riqueza.

[Afonso V de Portugal persigue al padre de Judá, el cual huye a Castilla, tierra de sus antepasados, pero Afonso V se queda con los bienes de Judá. Este rey también prohíbe que el niño salga de Portugal hacia Italia, donde Judá se ha refugiado. Tras la muerte de Afonso V, su sucesor, Manuel I, ordena la conversión forzosa de todos los judíos de Portugal (en 1507). Al niño Isaac, ahora de doce años, le bautizan y le cambian el nombre.]

Rabio, pero sólo me culpo a mí mismo:
no hay otro que tenga la culpa.
Yo lo eché de meros apuros a una trampa,
yo lo impulsé de meras chispas a un gran fuego;
yo espero verlo, angustiado con una esperanza sin fin.

¡Ay, querida gacela! ¿Por qué te retrasas tanto?
¿Por qué machacas así el corazón de un padre?
¿Por qué diriges tus saetas a mis entrañas?
¿Por qué oscureces la luz mandando nubes
y haciendo que el resplandor parezca noche?
La luna siempre se oscurece frente a mis ojos,
mi estrella se cubre de nubes.
Ningún rayo del sol jamás entra en mi casa,
ni cruza el umbral para llegar a las vigas.
Mis rosas nunca florecen en el llano de Sharón,
mi hierba nunca siente las lluvias torrenciales.
Me robas el sueño con sólo pensar en ti:
¿duermo o velo? No lo sé.
No puedo tocar la comida, pues incluso la miel
me sabe amarga y los dulces me saben a veneno.
Tristemente, mastico negras cortezas de pan quemado,
Con lágrimas mojo las secas migas.
Mi única bebida es agua mezclada con lágrimas.
La sangre de las uvas no me toca los labios...

[Únicamente cuando sueña con el retorno de su hijo, Judá siente algún alivio, pero en seguida vuelve a pensar en la separación y su angustia aumenta de nuevo.

Judá luego se dirige a su hijo para darle consejos sobre su educación, instruyéndole en las materias que debe leer: las Sagradas Escrituras hebreas, y los comentarios del Mishná y del Talmud. Pero de nuevo se interrumpe para lamentar la falta de control que tiene sobre la enseñanza de su hijo y no sabe cómo conseguir que el pequeño Isaac continúe la tradición intelectual de su abuelo y de su padre.]

Mis espléndidas artes, mi sabiduría, son tuyas por derecho,
así como la ciencia que me ha dado fama.

Una parte de ella mi mentor, mi padre,
sabio entre los sabios, me dio como legado;
el resto lo obtuve con mi propio esfuerzo,
dominando la sabiduría con mi arco y mi espada,
sondeándola con el intelecto. Los sabios cristianos
son meros saltamontes comparados conmigo. He visto
[sus universidades:
no tienen a nadie que me venza en un duelo de palabras.
Derribo a cualquier hombre que se me oponga,
destruyo y callo a mi contrincante, le demuestro su error.
¿Quién sino yo se atrevería a contar los misterios
de la Creación, del Carro [de fuego] y de su pasajero [Elías]?
Mi alma excede y sobrepasa a todas las almas
de mis contemporáneos en esta edad mísera.
Dios, mi Roca, fortifica mi Forma,
encerrada, encarcelada en mi cuerpo.
Deseo que tú sobrepases lo que he alcanzado;
siempre he esperado que tú me superaras.
Querido hijo, ¿qué te detiene entre un pueblo impuro,
un manzano entre algarrobos,
un alma pura perdida entre las naciones,
una rosa entre las espinas y hierbajos del desierto?
Ponte en camino hacia mí, mi querido pequeño.
Huye dando saltos como un cervatillo o una gacela
y emprende tu camino a casa del padre que te engendró
(¡Que Dios te proteja como me protegió a mí!).
Que te dé Dios un camino llano en tu viaje,
te levante de estrecheces a mi ancha corte,
te colme de la prosperidad de mis antepasados,
más allá de la riqueza de mi padre y mi abuelo.
Entonces Dios iluminará mi espíritu en su oscuridad
y redirigirá mis pasos a la llanura.
Entrego ahora a mi hijo a Dios, mi pastor,
y doy mi cargo a mi altísimo Padre.

Él conducirá a mi querido hijo a mi presencia:
cuando yo lo llame, mi niño precioso me oirá.
Entonces cantaré una canción de amor a mi Creador,
cantándole en himnos mi pasión mientras vivo,
presentándole mi ofrenda, poniendo mi regalo ante Él.
Es mi canción lo que me une con mi Dios santo
Lo mejor de mí está en ella: mi corazón y mis ojos.
¡Que le agraden como los carneros del Templo,
mi himno, mis palabras, como bueyes sobre su altar!
¡Que me muestre Sion en su esplendor,
la real ciudad de mi rey ungido,
y sobre ella, dos luminarias, iguales:
el Mesías, hijo de David, y Elías!
¡Que nunca más esté dividida
y que nunca más nómada arme su tienda en ella!